

Señor, ¿dónde estáis?

Los tiempos son de hierro, y los hermanos nos partimos el pan con la ley a la vista, hosca la mirada, rechinando los dientes.

Y a veces nos despedazamos en la disputa por un mendrugo.

Y aquí está el hambre. Y aquí, el rencor.

¡No sabemos partirnos el pan, Señor...! Señor, ¿habéis huido para siempre de nosotros?

Manos de Jesús,—santas manos de Jesús,—manos de dulzura y de piedad,—manos de armonía,—¡partidnos el pan!

EUGENIO D' ORS

Madrid, 1925.

### El árbol bueno

Arbol grato: yo no te he sembrado;  
yo no te he dado luz, ni aire;  
y tú, generoso, piadoso, magnánimo,  
me das sombra en el largo camino.  
Sombra, perfume, cantos me das,  
por cuanto no te há dado mi egoísmo...  
Si grabo en tu corteza mi nombre  
te causaré una herida.  
Te alzas de la tierra al cielo,  
no como una protesta iracunda,  
antes como una imploración a Dios.

Si alguien osa esgrimir el hacha  
yo te defenderé—que tú eres pulmón del mundo  
y consoladora medicina del cielo.

Si el leñador te tumba  
para quemar tus ramas,  
yo arderé contigo.

Y, mientras tú das a los vientos tú humo,  
yo daré a Dios el humo de mi pensamiento.  
árbol grato, árbol mío!... (Bajo tu sombra  
queda firmada esta dulce promesa).

AGUSTÍN ACOSTA

Cuba.

### El anillo de Polícrates

Polícrates, hijo de Eases, en aquella isla <sup>(1)</sup> se había levantado. Al principio de su tiranía, dividido en tres partes el Estado, repartió una a cada uno de sus dos hermanos; pero poco después reasumió el mando de la isla entera, dando muerte a Pantagnoto, uno de ellos, y desterrando al otro, Silosonté, el más joven de los tres. Dueño ya único y absoluto del Estado, concluyó un tratado público de amistad y confederación con Amasis, rey de Egipto, a quien hizo presentes y de quien así mismo los recibió. En muy poco tiempo subieron los asuntos de Polícrates a tal punto de fortuna y celebridad, que así en Jonia como

(1) La isla de Samos, una de las más célebres de Grecia.

en lo restante de Grecia, se oía sólo en boca de todos el nombre de Polícrates, observando que no emprendía expedición alguna en que no le acompañase la misma felicidad. Tenía, en efecto, una armada naval de 100 *pentecónteros*, y un cuerpo de mil alabarderos a su servicio; atropellábalo todo sin respetar a hombre nacido; siendo su máxima favorita que sus amigos le agradecerían más lo restituído que lo nunca robado. Apoderóse a viva fuerza de muchas de las islas vecinas, y de no pocas plazas del continente. En una de sus expediciones, ganada una victoria naval a los Lesbios, los cuales habían salido con todas sus tropas a la defensa de los de Mileto los hizo prisioneros, y cargados de cadenas les obligó a abrir en Samos el foso que ciñe los muros de la plaza.

Entre tanto, Amasis no miraba con indiferencia la gran prosperidad de Polícrates, su amigo, antes se informaba con gran curiosidad del estado de sus negocios; y cuando vió que iba subiendo de punto la fortuna de su amigo, escribió en un papel esta carta y se la envió en estos términos:—«Amasis a Polícrates.—Por más que suelen ser de gran consuelo para el hombre las felices nuevas que oye de los asuntos de un huésped y amigo suyo, con todo, no me satisface lo mucho que os lisonjea y hálaga la fortuna, por cuanto sé bien que los dioses tienen su poco de celos o de envidia. En verdad prefiriera yo para mí, no menos que para las personas que de veras estimo, salir a veces con mis intentos, y a veces que me saliesen frustrados, pasando así la vida en una alter-

nativa de ventura y desventura, que verlo todo llegar prósperamente. Dígame esto, porque te aseguro que de nadie hasta ahora oí decir que después de haber sido siempre y en todo feliz, a la postre no viniera al suelo estrepitosamente con toda su dicha primera. Sí, amigo, créeme ahora, y toma de mí el remedio que voy a darte contra los engañosos halagos de la fortuna. Ponte sólo a pensar cuál es la cosa que más estima te merece, y por cuya pérdida más te dolieras en tu corazón: una vez hallada, apártala lejos de ti, de modo que nunca jamás vuelva a aparecer entre los hombres. Aún más te diré: que si practicada una vez esta diligencia no dejara de perseguirte con viento siempre en popa la buena suerte, no dejes de valerte a menudo de este remedio que aquí te receto».

Leyó Polícrates la carta, y se hizo cargo de la prudencia del aviso que le daba Amasis; y poniéndose luego a discurrir consigo mismo cuál de sus alhajas sintiera más perder, halló que sería sin duda un sello que solía siempre llevar, engastado en oro y grabado en una esmeralda, pieza trabajada por Teodoro el Samio, hijo de Telecles. Al punto mismo, resuelto ya a desprenderse de su sello querido, escoge un medio para perderlo adrede, y mandando equipar uno de sus *pentecónteros*, se embarca en él, dando orden de engolfarse en alta mar, y lejos ya de la isla, quítase el sello de su mano a vista de toda la tripulación, y arrojándolo al agua, manda a dar la vuelta

hacia el puerto, volviendo a casa triste y melancólico sin su querido anillo.

Pero el quinto o sexto día de su pérdida voluntaria le sucedió una rara aventura. Habiendo cogido uno de los pescadores de Samos un pescado tan grande y exquisito que le parecía digno de presentarse a Polícrates, va con él a las puertas de palacio, diciendo querer entrar a ver y hablar a Polícrates su señor. Salido el recado de que entrase, entra alegre el pescador, y al presentar su regalo:—«Señor, le dice, quiso la buena suerte que cogiera ese pescado que ahí veis, y mirándolo desde luego por un plato digno de vuestra mesa, aunque vivo de este oficio y trabajo de mis manos, no quise sacar a la plaza este pez tan regalado; tened, pues, a bien recibir de mí este regalo.» Contento Polícrates con la bella y simple oferta del buen pescador, le respondió así:—«Has hecho muy bien, amigo: dos placeres me haces en uno, hablándome como me hablas, y regalándome como me regalas con ese pescado tan raro y precioso: quiero que seas hoy mi convidado». Piénsese cuán ufano se volvería el pescador con la merced y honra que se le hacía. Entre tanto, los criados de Polícrates al aderezar y partir el pescado, hallan en su vientre el mismo sello de su amo poco antes perdido. No bien lo ven y reconocen, cuando muy alegres por el hallazgo, van con él y lo presentan a Polícrates, diciéndole dónde y cómo lo habían hallado. A Polícrates pareció aquella aventura más divina que casual, y después de haber notado circuns-

tanciadamente en una carta cuanto había practicado en el asunto y cuanto casualmente le había acontecido, la envió a Egipto.

Leyó Amasis la carta que acaba de llegarle de parte de Polícrates, y por su contenido conoció luego y vió estar totalmente negado a un hombre librar a otro del hado fatal que amenaza su cabeza, acabándose entonces de persuadir que Polícrates, en todo tan afortunado que ni aun lo que abandonaba perdía, vendría por fin al suelo consigo y con toda su dicha. Por efecto de la carta hizo Amasis entender a Polícrates, por medio de un embajador enviado a Samos, que anulando los tratados renunciaba a la amistad y hospedaje público que con él tenía ajustado; en lo cual no era otra su mira sino la de conjurar de antemano la pesadumbre que sin duda sintiera mucho mayor en su corazón si viniera a descargar contra Polícrates el último y fatal golpe que la fortuna le tenía guardado, siendo todavía su huésped y público amigo.

HERODOTO

*(Los nueve Libros  
de la Historia)*

## Los tesoros esenciales

Un niño estaba sentado al lado de su madre y miraba silencioso el fuego del hogar. De repente, como si se viera libre de un triste pensamiento, con

ojos alegres dijo a su madre; «Mamá, yo quiero ser rico».

«¿Por qué quieres ser rico, hijo mío?» Y el niño contestó: «Todo el mundo alaba al rico; todos le buscan. El forastero que comió con nosotros ayer, preguntó quién era el más rico del pueblo. En la escuela hay un niño modorro, que jamás se sabe la lección, y a veces dice malas palabras, y sin embargo, los demás no se lo llevan a mal porque dicen que es rico». Entendió la madre que su hijo corría peligro de creer que las riquezas podían suplir el lugar de la bondad, o servir de disculpa a la indolencia, o prestar honra a los que se portan mal, y entonces dijo: «¿Qué quiere decir ser rico?»; y el niño contestó: «No lo sé, pero dime lo que debo hacer para llegar a ser rico, a fin de que todo el mundo me busque y me celebre».

La madre replicó: «Llegar a ser rico significa llegar a tener dinero, y para conseguir esto debes esperar que seas hombre».

Púsose el niño triste y dijo: «¿Y no habrá medio de que yo desde ahora empiece a ser rico?»

Ella contestó: «El dinero no es la única ni la verdadera riqueza; el fuego puede quemarle, el agua y el viento arrebatarlo, el orín le gasta y el ladrón se apodera de él.

»Agóbianse los hombres de trabajo para obtenerlo, pero no se lo llevan consigo al morir. El alma del más opulento príncipe sale sin ropaje como la del mendigo que pedía limosna en los caminos reales.

»Hay otra clase de riquezas que no se guarda en

bolsa sino en el corazón, y los que las poseen, si no alabados por los hombres, merecen la aprobación de Dios».

El niño dijo entonces: «¿Puedo yo empezar ahora a recoger esta clase de riquezas o he de esperar para ello que crezca y llegue a ser hombre?» La madre le puso las manos en la cabeza y dijo: «Hoy mismo, si oyes la voz del Señor que promete que hallarán lo que busquen quienes buscan temprano».

Y el niño dijo seriamente: «Dime cómo puedo llegar a ser rico a los ojos de Dios». Entonces ella le miró con ternura y dijo: «Arrodíllate cada noche y cada mañana, y ruega que resida en tu corazón el amor de Dios; obedece sus preceptos, y trata todos los días de tu vida de ser bueno y de hacer bien a todo el mundo. Así, si eres pobre de bienes en la tierra, serás rico de fé y heredarás el reino de los cielos».

Contado por LUIS F. MANTILLA.

## Buda

Buda es su gran dios, <sup>(1)</sup> que no fué dios cuando vivió de veras, sino un príncipe bueno, tan fuerte de cuerpo que mano a mano echaba por tierra a leones jóvenes, y tan hermoso que lo quería como a su corazón el que lo veía una vez, y de tanto pensa-

(1) Dios de los anamitas, en el Asia.

miento que no podían los doctores discutir con él, porque de niño sabía más que los doctores más sabios y viejos. Y luego se casó, y quería mucho a su mujer y a su hijo; pero una tarde que salió en su carro de perlas y plata a pasear, vió a un viejo pobre, vestido de harapos, y volvió del paseo triste: y otra tarde vió a un moribundo, y no quiso pasear más: y otra tarde, vió a un muerto, y su tristeza fué ya mucha: y otra vió a un monje que pedía limosnas, y el corazón le dijo que no debía andar en carro de perlas, sino pensar en la vida, que tenía tantas penas, y vivir solo, donde se pudiera pensar, y pedir limosna para los infelices, como el monje. Tres veces le dió en su palacio la vuelta a la cama de su mujer y de su hijo, comó si fuera un altar, y sollozó: y sintió como que el corazón se le moría en el pecho. Pero se fué, en lo oscuro de la noche, al monte, a pensar, en la vida, que tenía tanta pena, a vivir sin deseos y sin mancha, a decir sus pensamientos a los que se los querían oír, a pedir limosna para los pobres como el monje. Y no comía, más que lo que un pájaro, y no bebía, más que para no morir de sed: y no dormía, sino sobre la tierra de su cabaña: y no andaba sino con los pies descalzos. Y cuando el demonio Mara le venía a hablar de la hermosura de su mujer, y de las gracias de su niño, y de la riqueza de su palacio, y de la arrogancia de mandar en su pueblo como rey, él llamaba a sus discípulos, para consagrarse otra vez ante ellos a la virtud: y el demonio Mara huía espantado. Esas son cosas que los hombres sueñan, y

llaman demonios a los consejos malos que vienen del lado feo del corazón; sólo que como el hombre se ve con cuerpo y nombre, pone nombre y cuerpo, como si fuesen personas, a todos los poderes y fuerzas que imagina: ¡y ése es poder de veras, el que viene de lo feo del corazón, y dice al hombre que viva para sus gustos más que para sus deberes, cuando la verdad es que no hay gusto mayor, no hay delicia más grande, que la vida de un hombre que cumple con su deber, que está lleno al rededor de espinas: ¿pero qué es más bello, ni da más aroma que una rosa? Del monte volvió Buda, porque pensó, después de mucho pensar, que con vivir sin comer y beber no se hacía bien a los hombres, ni con dormir en el suelo, ni con andar descalzo, sino que estaba la salvación en conocer las cuatro verdades, que dicen que la vida es toda de dolor, y que el dolor viene de desear, y que para vivir sin dolor es necesario vivir sin deseo, y que la dulce nirvana, que es la hermosura como de luz que le da al alma el desinterés, no se logra viviendo, como un loco o glotón, para los gustos de lo material, y para amontonar a fuerza de odio y humillaciones el mando y la fortuna, sino entendiendo que no se ha de vivir para la vanidad, ni se ha de querer lo de otros y guardar rencor, ni se ha de dudar de la armonía del mundo o ignorar nada de él o mortificarse con la ofensa y la envidia, ni se ha de reposar hasta que el alma sea como una luz de aurora, que llena de claridad y hermosura al mundo, y lllore y padezca por todo lo triste que hay

en el, y se ve como médico y padre de todos los que tienen razón de dolor: es como vivir en un azul que no se acaba, con un gusto tan puro que debe ser lo que se llama gloria, y con los brazos siempre abiertos. Así vivió Buda, con su mujer y con su hijo, luego que volvió del monte. Después sus discípulos, que eran muchos, empezaron a vivir de lo que la gente les daba, porque le hablasen de las verdades de Buda, y de sus hazañas cuando era príncipe, y de como vivió en el monte; y el rey vió que en el nombre de Buda había poder, porque la gente miraba todo lo de Buda como cosa del cielo, tan hermoso que no podía ser hombre el que vivió y habló así. Mandó el rey juntar a los discípulos, para que pusiesen en libros la historia y los sermones y los consejos de Buda; y puso los discípulos a sueldo, para que el pueblo viese juntos el poder del rey y el del cielo, de donde creía el pueblo que había venido al mundo Buda. Hubo unos discípulos que hicieron lo que el rey quería, y salieron con el ejército del rey a quitarles a los países de los alrededores la libertad, con el pretexto de que les iban a enseñar las verdades de Buda, que habían venido del cielo: y hubo otros que dijeron que eso era engaño de los discípulos y robo del rey, y que la libertad de un pueblo pequeño es más necesaria al mundo que el poder de un rey ambicioso, y la mentira de los sacerdotes que sirven al rey por su dinero, y que si Buda hubiera vivido habría dicho la verdad, que él no vino del cielo sino como vienen

los hombres todos, que traen el cielo en sí mismos, y lo ven, como se ve el sol, cuando, por el cariño a los hombres y la honradez, llegan a ser como si no fuesen de carne y de hueso, sino de claridad, y al malo le tienen compasión, como a un enfermo a quien se ha de curar, y al bueno le dan fuerzas, para que no se canse de animar y de servir al mundo: ¡jesé sí que es cielo, y hasta divino! Pero los discípulos que estaban con el rey pudieron más; y el rey les mandó hacer pagodas de muchas torres, donde ponían a Buda de dios en el altar, y los discípulos se mandaron hacer túnicas de seda y mantos con mucho oro y bonetes de picos, y a los discípulos más famosos los fueron enterrando en las pagodas, con sus estatuas sobre la sepultura, y les encendían luces de día y de noche, y la gente iba a arrodillarse delante de ellos, para que les consolaran las penas que da el mundo, y les dieran lo que deseaban tener en la tierra, y los recomendaran a Buda en la hora de morir. Miles de años han pasado, y hay miles de pagodas. Allí van los anamitas tristes, que ya no encuentran en la tierra ayuda, y la van a pedir a lo desconocido del cielo.

JOSÉ MARTÍ

(*La Edad de Oro*).

## Tres parábolas del Buda

### EL REPARTO DE LA DICHA

Annabhara, esclavo de Sumana, fué a segar hierba al prado, cuando vió un sramana que mendigaba su comida con un cuenco en la mano; entonces, arrojando al suelo su gavilla de hierba, corrió a su casa y volvió trayendo el arroz que le habían dado para su alimento.

El sramana comió el arroz, y animó a Annabhara con palabras de exhortación religiosa.

El hijo de Sumana, que vió la escena, por una ventana, gritó: «¡Bien, Annabhara; eso está bien hecho!»

Ya habiendo oído estas palabras Sumana, preguntó qué querían decir, e informado de la devoción de Annabhara y de las palabras de exhortación que había recibido del sramana, fué hacia su esclavo y le ofreció dinero para participar de la bendición, recompensa de la ofrenda.

«Mi amo, dijo Annabhara, permitidme interrogar antes a ese venerable religioso.» Y acercándose al sramana le dijo: «Mi amo me pide que divida con él la bendición de la ofrenda que os he hecho al daros mi ración de arroz. ¿Es conveniente que la divida con él?»

El sramana contestó por medio de una parábola diciendo: «En una aldea de cien casas había sólo una

### La Edad de Oro

luz encendida. Fué entonces un vecino y encendió su lámpara, y del mismo modo la luz fué comunicada de casa en casa, acrecentándose la luz en la aldea. Así también la luz de la religión puede extenderse sin que pierda nada el que la comunica. Extiende, pues, la bendición de tu ofrenda. Compártela.»

Annabhara volvió a casa de su amo y le dijo: «Te ofrezco, señor, una parte de la bendición de mi ofrenda. Dígnate aceptarla.»

Sumana la aceptó y quiso dar a su esclavo una cantidad de dinero, pero Annabhara respondió: «Señor, si aceptara dinero, parecería que te vendía mi parte. Una bendición no puede venderse; yo te ruego que la aceptes como un don.»

Y el amo dijo: «Hermano Annabhara, desde este día eres libre. Mírame como un amigo y acepta este presente como una señal de mi amistad.»

### LA MUJER DEL POZO

Ananda, el discípulo preferido del Buda, yendo de misión por mandato del Señor, acertó a pasar cerca de uno de los pozos de una aldea, y viendo a Prakriti, una joven de la casta matanga, le pidió de beber.

Prakriti dijo: «¡Oh brahman!, yo soy muy humilde y muy despreciable para darte de beber; no pidas ningún servicio de mí, no vaya a manchar tu santidad, porque soy de baja casta.»

Y Ananda respondió: «Yo no te pido tu casta,

sino el agua». Y el corazón de la joven matanga palpité de gozo y dió de beber a Ananda.

Y Ananda le dió las gracias y se fué; pero ella le siguió alguna distancia.

Y habiendo sabido que Ananda era discípulo de Gotama Sakyamuní, la joven fué a buscar al Bienaventurado, y llorando le dijo: «¡Oh Señor!, apiádate de mí y permíteme vivir donde habite tu discípulo Ananda, a fin de que pueda verle y servirle, porque yo amo a Ananda».

Y el Bienaventurado comprendiendo las emociones de su corazón, dijo: «Prakriti, tu corazón está lleno de amor; pero tú no comprendes tus propios sentimientos. Tú no amas a Ananda, sino su bondad. Recibe, pues, la bondad que le has visto practicar, y a tu vez, en la humildad de tu estado, ejércela con los otros.

»En verdad, hay un gran mérito en la generosidad de un rey cuando es bueno respecto de sus esclavos; pero hay un mérito mayor todavía en el esclavo que sufre, olvidando sus males y cultivando en sí mismo la bondad y la buena voluntad por la humildad entera. Cesará de odiar a sus opresores, y hasta, incapaz de resistir a su usurpación, tendrá piedad de su arrogancia y de su fiera actitud.

»Bendita seas, Prakriti, porque, aunque pertenezcas a la casta matanga, tú serás un modelo para las grandes y nobles damas. Eres de casta inferior, pero los brahmanes reciben de ti una lección. No te apartes del camino de la justicia y de la rectitud y tú

resplandecerás la gloria real de las reinas sobre su trono».

EL PERRO HAMBRIENTO

Hubo una vez un rey que oprimía a su pueblo y que era odiado de sus súbditos; sin embargo, cuando el Tathagata fué a su reino, el rey deseó vivamente verle; de suerte que fué donde el Bienaventurado estaba sentado, y le dijo: «¡Oh Sakyamuní! ¿puedes predicar al rey un sermón que a la vez que alegre su espíritu le sea provechoso?

Y el Bienaventurado dijo: «Voy a contarte la parábola del perro hambriento:

Había una vez un tirano cruelísimo. El dios Indra, bajo la forma de un cazador, descendió a la tierra con el demonio Matali; éste, afectando la forma de un perrazo terrible. El cazador y el perro entraron en el palacio, en el cual el perro se puso a aullar tan lastimosamente, que el real edificio, a su voz, se conmovía hasta sus cimientos. El tirano hizo conducir hasta su trono al cazador, y le preguntó la causa de tan terrible ladrido. El cazador dijo: «Ese perro tiene hambre». En seguida, asustado el rey, ordenó que le diesen de comer. Toda la comida preparada para el festín real desapareció rápidamente en las quijadas del perro, que aullaba siempre de una manera terrible. Se buscó más comida, y todos los graneros reales estaban vacíos. Desesperado el tirano, entonces preguntó: «¿No hay nada que pueda satis-



facier el apetito de esta horrible bestia?». «Nada, respondió el cazador, como no sea la carne de todos sus enemigos». «¿Y quiénes son sus enemigos?» preguntó con angustia el rey. El cazador respondió: «El perro ladrará mientras haya hambrientos en el reino; sus enemigos son esos que ejercen la injusticia y oprimen a los pobres». El opresor del pueblo, acordándose de sus malas acciones, sintió remordimientos, y por primera vez en su vida comenzó a escuchar las lecciones de la justicia».

Y al acabar este cuento, el Bienaventurado, dirigiéndose al rey, que estaba pálido, le dijo:

«El Tathagata afina los oídos espirituales de los poderosos; si tú oyes aullar al perro, ¡oh rey!, piensa en las enseñanzas del Buda, y podrás aprender todavía a calmar al monstruo».

Contadas por  
PABLO CARUS.

(El Evangelio de Buddha).

## Soldado

¡Soldado!  
Tu sable y tu escopeta;  
tu ros y tu caballo.

¡Soldado!  
Huestes imaginarias  
siguen tu voz de mando.

¡Soldado!  
Frunces el ceño y huyen  
dispersos los contrarios.

¡Soldado!  
Toda la casa llena  
de estrépito tu paso.

Bien lo adivinas, hijo;  
¿quién te hizo adivinarlo?  
Si eres como yo quiero  
tendrás que ser soldado.

Soldado, aunque no quieras,  
pero soldado raso,  
sin galones ni estrellas,  
en combate diario.  
Soldado, aunque no quieras,  
sólo con que hable alto  
tu corazón y escuche  
lo que hablan tus hermanos.

¡Soldado!  
Firme sin juramentos  
y sin hazañas bravo.

¡Soldado!  
Soldado a todas horas,  
alerta y arma al brazo.

¡Soldado!  
Contra el odio y la guerra,  
contra todo lo falso,  
contra todo lo impuro...  
¡Soldado!

ENRIQUE DÍEZ-CANEDO

Madrid. 1924.

## De siete a nueve

LAS DOS HORAS PARA EL BIEN

Me acuerdo de haber escrito—cuando más agitados eran los debates en torno del famoso tema de organización del trabajo, llamado «de las ocho horas»—una página optimista... Su título era *De siete a nueve*, Aludía a las dos horas arrancadas al monopolio del quehacer profesional, y a la manera de ocuparlas con fruto.

«De siete a nueve», en grupos humanos que jamás habían conocido un «de siete a nueve» de libertad, ¡caben tantas cosas! Cabe—así, sinceramente, me lo figuro—el principio de una era nueva. Y el imperio de una mejor *Idea social*, trabajadora y pacífica, de eficacia hasta hoy únicamente alcanzada con la *Idea social*, inmemorialmente nacida de la guerra.

Tal vez no existe hoy, para gobiernos y para conciencias, responsabilidad general más grave que

la derivada de la existencia y de las posibilidades de este «de siete a nueve».

\* \*

Pero, entre las más hermosas de éstas, nunca nos hubiéramos atrevido a imaginar algo tan significativo y tan prontamente logrado, como lo que envuelve cierta noticia, cuya emoción recorre hoy el mundo, cuya comprobación puede tal vez mañana salvarle de uno de sus máximos horrores. La del descubrimiento de las causas específicas del cáncer, digo. Y de la probable preparación de una vacuna que lo prevenga o cure.

La famosa revista médica inglesa *The Lancet* ha lanzado el descubrimiento. El telégrafo lo ha difundido por todas partes. Al fundado escepticismo que, en los primeros días, acogiera tal publicación, sucede ya la confianza. Crece ésta cada día. Sábese que los resultados obtenidos son ya suficientes para permitir las mejores esperanzas.

La curiosidad, la admiración y ya la gratitud han aprendido a la vez el nombre de los descubridores. Los dos son ingleses. Uno se llama Gye. El otro, Barnard.

Este no es un médico. Aquél, hace muy pocos años, no lo era todavía.

Pues ¿qué es, profesionalmente, Barnard? ¿Qué era, hace unos pocos años, profesionalmente, el hoy doctor Gye? Aquél es un tendero. Este era un obrero. A los dos el «de siete a nueve»—que, en Inglaterra,

es claro, es un «de cinco a siete»—les ha emancipado.

Barnard es un patrón sombrerero. Tiene su tienda en Londres, en Jeermyn Street. Una afición intensa le ha llevado a trabajar en el microscopio. Por mucho tiempo no ha podido satisfacerla. La tienda, la tienda que él poseía—que se figuraba poseer—le esclavizaba. Pero ahora la jornada de trabajo es menos absorbente. Mr. Barnard tiene un par de horas libres, y en ellas frecuenta el laboratorio de Mornt-Vernon. ¿Representa demasiado poco dos horas cada día para el trabajo científico? No sé si en España llegan a media docena los médicos y los catedráticos de Medicina que cuenten con tanto.

Gye era un obrero ferroviario. En otras épocas, como Barnard con su tienda, Gye hubiera tenido que emplear todo el tiempo en servir su locomotora. Ya no ocurre así. El joven ferroviario, ambicioso de más altos designios, ha podido ahora tener su «de siete a nueve»—o su equivalencia.—Compró libros. Estudió. Llegó a graduarse en medicina. La investigación le atraía. Y a la investigación pudo darse muy pronto, porque también los médicos del mundo empiezan a poder contar con su «de siete a nueve».

Hoy el patrono Barnard, el obrero Gye, han podido devolver con creces a la causa de las luces lo que la causa de las luces les ha otorgado.

\* \*

Esta energía de las *dos horas* para el bien, también las pueden tener para el mal. No sé cómo an-

darán ahora las cosas en Asturias. Pero en la *traguerra*, con la disminución de dos horas entre los mineros, se observó este cambio: aquellos que antes bebían sidra se pusieron a beber ajeno.

Donde caben todas las esperanzas, caben todos los temores. Así no me cansaré de repetir la palabra: responsabilidad.

EUGENIO D'ORS.

Madrid 1925.

## La hortaliza

Cálidamente rojos como unos corazones,  
¡salud! Ya están maduros los pimientos morrones.

Sus grandes hojas grises endurece el repollo  
escondiendo la tierna palidez del cogollo.

Su blanca cabeza ácida entierra la cebolla;  
mas ya los pobres echan de su hoja verde a la olla.

Y las crespas lechugas tendrán quien las consagre  
pronto con el aceite, con la sal y el vinagre.

Mi tierna azúcar roja, dice la remolacha,  
sabe a choco, a sandía y a boca de muchacha.

El culantro levanta su umbela; el perejil  
la suya; son parientes en más de un don sutil.

En su piel grana el rábano picante evita el sol,  
y el tomate al sol lustra su dorado arrebol.

Como en los viejos días en que eras noble emblema,  
¡oh, apio, con tus gajos, corona mi poema!

LUIS L. FRANCO

Buenos Aires, Argentina.

## Mitología Agrícola

### EL HOMBRE DE TIERRA Y DE ZACATE

Dios tomó en sus manos—según el Génesis maya— una porción de tierra y otra de zacate y de tal mezcla brotó el primer hombre. Dió la tierra materia para la carne y los huesos y del zacate salieron el pelo y el vello que cubren el cuerpo (Cogolludo). Parece que la creación se verificó en un paraje llamado *Humanhil* que don Juan Pío Pérez llama el Paraíso Terrenal.

### APARECE EL MAÍZ

Por la ley de los Soles<sup>(1)</sup> que tradujo el señor del Paso y Troncoso<sup>(2)</sup>, se sabe que una vez que en

(1) Los nahoas dividían la vida del mundo en cuatro edades o Soles el del agua, del aire, el fuego y la tierra, cada uno según la piedra del Sol de 1664 años.

(2) Don Francisco del Paso y Troncoso, notable americanista, arqueólogo e historiador mexicano.

Tomanchán<sup>(1)</sup> fueron creados los primeros hombres, los dioses se preguntaron qué les darían de comer. Van y vienen la hormiga negra, es decir, Quetzalcoatl<sup>(2)</sup>, y también la hormiga roja. Los dioses de la lluvia amontonan tierra, y Nanáhuatl<sup>(3)</sup>, que se convierte en sol, ayuda a que se desmorone el cerro del mantenimiento<sup>(4)</sup>. Surgen entonces el frijol, la chíá y el maíz de los varios colores. Tan pronto como los indios vieron a las hormigas acarreado el maíz, probaron éste y les gustó, y las lluvias de los cuatro puntos cardinales se encargaron de fecundar las semillas.

### LEYENDA DE LAS LLUVIAS

Aparecen aquí Tlaloc (el agua o vino de la tierra) y Chalchiutlicue, la de la falda azul, diosa de los mares. De su amor nació Quiáhuitl, es decir la lluvia; y provistos de unos cántaros en que acarrearon el agua de los mares, la vaciaron sobre los campos. Cuando uno de los cántaros se les quebraba entonces se producía el trueno, y de los fragmentos que caían a la tierra nacían los rayos. Xochitlquetzal, la flor preciosa, y Centeotl, la mazorca de Dios, diosas de la floricultura y de la agricultura, se hallan bajo la protección de los dioses genitores.

(1) Nombre que los olmecas, tribu procedente del S. E. de Norteamérica, dieron a su primer establecimiento en territorio mexicano. Según el profesor Othón de Mendizábal, estuvo al norte del Estado de Veracruz.

(2) La Serpiente Emplumada, dios del aire, semejante a la estrella de la mañana o Lucifer. Anunció a los mayas y toltecas la venida de los españoles.

(3) Las llagas o bubas.

(4) El cerro productor de alimentos.

EL ORIGEN DEL PULQUE

Quien primero agujereó los magueyes para sacar la miel de que se hace el vino, fué Maiacoel—dice Sahagún—y Pantecatl, quien primero halló las raíces que en ella se echan. Más tarde cuatro sabios perfeccionaron el arte de hacer el pulque, distinguiéndose Ometochtli, a quien también llaman Tepuztecatl—llamado así porque era originario de Topotztlán—y a quien más tarde sus adoradores levantaron un santuario adonde llegaban en romería desde tierras remotas (Plancarte).

LA PRINCESA ESCONDIDA

Del cenote <sup>(1)</sup> Xtucumbí Zunan <sup>(2)</sup> que existe en Bolonchén <sup>(3)</sup>, se cuenta la leyenda maravillosa. Así se llamaba la doncella, hija de X'Ulumil-cech <sup>(4)</sup> (Yucatán) y de Zammá (el rocío del cielo). Su hermosura encendió la pasión del gigante Chac, el dios de la Agricultura, los truenos y los relámpagos. No contenta la madre con esas relaciones, hizo que su hija se ocultara en la gruta de Bolonchén. Desesperado de amor, el gigante hizo tronar el cielo, temblar la tierra y encenderse el espacio; y después de emprender muchas excavaciones logró dar con su amada. Quiere decir todo esto que para encontrar

(1) Corrientes de agua subterránea en Yucatán.

(2) Gran señora escondida.

(3) Nombre maya de la localidad en que existen nueve pozos o cenotes.

(4) Tierra de pavos y venados.

el agua en Yucatán el hombre tuvo que horadar la tierra a brazo partido.

GUERRA POR UNA FLOR

Se cuenta que los súbditos del rey de Achiutla en una guerra que hubo en Tehuantepec, recogieron la semilla de un árbol que durante algunos meses del año se vestía de flores mínimas y blancas que exhalan un olor suave y mejor que el de la rosa de Alejandría. Al regresar triunfantes a su país natal, ofrecieron la semilla al rey, como trofeo de la victoria, y el rey procuró cultivarla con esmero en uno de sus jardines. El árbol de Izquixóchitl se cubrió de magnificencia en el huerto real. De la mañana a la tarde el cacique mixteca contemplaba su hermosura espléndida. Cuando lo supo Moctezuma, el emperador de la altiplanicie, se disgustó mucho y tuvo deseo de poseer la flor. El año segundo de su imperio envió al sur una comisión para que a cualquier precio se lo trajeran. Tras la respuesta arrogante vino la guerra. Los mixtecas perdieron la campaña y el árbol del trofeo fué reconquistado. Pero Moctezuma no logró al fin su intento porque—dice el Padre Burgoa—el arbolito se secó en el camino.

RAFAEL HELIODORO VALLE

México, D. F. 1924.

## Juanillo el tonto

Había, una vez, una mujer, que se casó con un hombre, que era muy tonto. Si se quedaba cuidando de la casa, lo echaba todo a perder; si iba a la feria, no sabía vender ni comprar. La mujer le mandó un día a la feria a vender una tela y le dijo:

—No la vendas ni a hombre ni a mujer que hablen mucho, porque te engañarán.

Se fué a la feria, y como todos hablaban mucho les decía:

—No es para ti, que hablas mucho.

Y resultó que nadie compró la tela.

Y se volvía a casa con ella cuando, al pasar por una capilla, entró a rezar al Santo. Pero oyó la música de una fiesta que había fuera; dejó allí la tela y se fué a ver el baile. Cuando volvió a buscar la tela, se encontró con que se la habían robado, y mirando al Santo, le dijo:

—¡Vaya! ¿Con que me compraste tú la tela y no quisiste mancharte los zapatos yendo a la feria? Pues, ahora, dame los cuartos!

Y como al Santo no le echaba el dinero, el hombre se enfadó con él y le dió tal cachiporrazo que le hizo caer del altar al suelo. Al mismo tiempo cayó una perra chica de las limosnas del Santo, y el hombre le dijo:

—Está bien, es el precio de la tela.

Recogió el dinero; dejó allí al Santo y se fué.

## La Edad de Oro

Cuando llegó a casa, entregó los cinco céntimos a su mujer, y le contó lo que le había pasado.

A la otra feria, le mandó la mujer a comprar diez céntimos de agujas y cuando volvió de la feria, la mujer le preguntó por ellas:

—Mira, las agujas... pues encontré un carro de paja y se enfurruñaron los bueyes; cogí la agujada y, como no podía traer las agujas en la mano, las puse encima del carro, y después, no las hallé entre la paja.

—¡Válgate Dios, hombre! Si serás tonto; habértelas prendido en el chaleco.

—Sí, mujer, sí; tienes razón; así lo haré otra vez.

La mujer mandó hacer al herrero unas clavijas para el yugo de los bueyes. Juanillo las cogió, se las clavó en el chaleco y se lo rompió todo. Su mujer le riñó:

—¡Pero, hombre! qué tonto eres! ¡Te rompiste el chaleco!

—Pero ¿qué iba a hacer?

—¿Pues qué habías de hacer? Atarlas con una cuerda y traerlas al hombro.

—Sí, mujer, sí, tienes razón; otra vez así lo haré.

Otro día, la mujer, le mandó a comprar un cochinillo; lo compró, le ató por el pescuezo y se lo echó a cuestras. Llegó a casa con el bicho ahorcado.

La mujer le dijo:

—¡Pero, hombre! ¡Virgen Santísima! ¡Lo que has hecho! ¡Mataste al cochinillo!

—Pero ¿qué iba a hacer?

—Mira, tenías que haberlo traído andando por el suelo, tirando de una cuerda, y dándole con una varita.

—Sí, mujer, sí, tienes razón; otra vez así lo haré.

Le mandó la mujer otro día, a comprar un cántaro a la feria. Lo compró, le ató un bramante y lo trajo arrastrando por el suelo. Llegó sólo con el asa del cántaro colgando de la cuerda. Al verlo, la mujer le dijo:

—¡Jesús! ¿Qué va a ser de mí? No vuelves a la feria.

—Bueno, mujer, bueno; ve tú, que yo me quedaré aquí.

Se fué la mujer a la feria y le encargó mucho al marcharse:

—Mira, hombre, no dejes que las cabras se vayan al maíz; no vayas tú a la bodega porque siempre dejas la cuba saliéndose; no vayas a aquel cacharro, que tiene rejalgas, (lo que tenía era azúcar), y si lo comes te mueres. Cuida de la gallina ciega, no le pase algo.

Marchó la mujer a la feria, y en cuanto salió de casa, Juanillo se fué a cortar un pedazo de magro al jamón y lo frío (¡pobrecillo, para comérselo, naturalmente!) Luego, fué a buscar un poco de vino en una jarra; perdió el tapón de la cuba y se quedó allí tapándola con el dedo hasta que apareció un perro; le llamó y metió el rabo por el agujero de la cuba para tapanlo. Cuando estaba comiéndose el jamón y echando un trago de vino, le llamaron por-

que las cabras andaban por el maíz; fué a la bodega a llamar al perro, que salió corriendo, y dejó la cuba saliéndose. Cuando volvió Juanillo a casa y vió el vino corriendo por la bodega, llevó los sacos de harina que tenían para hacer el pan y la echó por el suelo para que la mujer no viera el vino. Mientras tanto, había venido el zorro, y se había comido la gallina.

Juanillo se echó a llorar.

—¡Ay, Jesús! ¡qué desgracia la mía! ¿Qué haré yo? ¡Dios mío!

Y se fué al cacharro del azúcar, y comió y comió para ver si se moría, creyendo que era rejalgas; y como lo encontró dulce, se lo comió todo. Luego, fué a la alacena; se encontró un terrón de miel, y se lo comió también para morirse más pronto y no oír las riñas de la mujer cuando llegase. Pero como no le pasaba nada, cogió una maza de machacar lino y empezó a tirarla a lo alto para matarse con ella; pero, cuando la veía en el aire, echaba a correr hacia otro lado para que no le cayese encima. Y, al fin, viendo que no se moría, se fué al nidal de la gallina para empollar los huevos, y allí estaba diciendo:

—Cro, cro, cro...

Cuando llegó la mujer llamándole:

—¡Juanillooo!

—Cro, cro, cro..., contestaba él.

Por fin, se lo encontró empollando los huevos. Le riñó mucho, y le dijo:

—¡Sal de ahí, bobalicón, alma de cántaro!  
Y luego hicieron las paces y ella le perdonó.

*Cuento popular recogido por  
ADOLFO COELHO. — Traducido  
del portugués por NATALIA CO-  
SSIO DE JIMÉNEZ.*

## El viejo que nos enseñaba las estrellas

—Aldebarán, el Carro, Casiopea...—  
Lentamente las va nombrando el viejo.  
Por el fulgor del celestial cortejo  
nuestro mirar atónito pasea.

La murmuriosa noche de la aldea  
pone un temblante, misterioso dejo  
en estos nombres que repite el viejo:  
—Aldebarán, el Carro, Casiopea...—

—¿Veis allí la blancura de un camino?  
Lo empolva el pie de tanto peregrino  
que hacia el sepulcro va de Santiago...—

Su dedo indica la estrellada esfera  
con un amplio ademán de docto mago  
que todo el mundo sideral moviera.

ENRIQUE DIEZ-CANEDO

Madrid, 1925.

## Las hormigas

Procesión de hormigas,  
¿hacia dónde va?  
Pasan enlutadas;  
¿a quién buscarán?  
Van bajo las rosas  
del fresco rosal  
que adorna la fuente  
del Palacio Real.  
Suben por las gradas,  
muy calladas van;  
los alabarderos  
las dejan pasar.  
Llegan hasta el trono  
de Su Majestad;  
El Rey y la Reina  
óyenlas hablar.

«¡Oh Rey, Blanca Nieves,  
tu hija blanca está  
encerrada en una  
urna de cristal!  
Porque su madrastra,  
Reina sin piedad,  
dióle una manzana  
por la envenenar»



La Edad de Oro

Ella, ante el espejo  
solía preguntar:  
«¿Soy la más bonita  
de la corte real?»  
Y el espejo mago,  
muy a su pesar:  
«¡Reina, Blanca Nieves  
no tiene rival!»  
Entonces la manda  
a un bosque invernal,  
y un cazador de osos  
la intenta matar.  
La Princesa implora:  
«¡Compasión, piedad!»  
Y al cazador malo  
le da su collar...  
Por la selva umbrosa  
siete enanos van,  
y a la princesita  
escuchan llorar.  
«¡Vente, Blanca Nieves,  
en nuestra casa hay  
hogar encendido,  
calor y amistad!»  
¡Y entre los enanos  
dormidita está,  
guardada en la urna  
de bello cristal!  
La Princesa Blanca,  
manda, Rey, buscar!

La Edad de Oro

¡Ella nos cuidaba  
con migas de pan!...»  
Procesión de hormigas,  
¿hacia dónde va?  
Va a llevar noticias  
al Palacio Real.  
Suben por el trono  
de Su Majestad:  
el Rey, que está solo,  
las invita a hablar.  
«¡Casó Blanca Nieves  
con Príncipe Real!  
¡Salga el Rey su padre  
que aquí llega ya!  
¡Cien enanos vienen  
por la acompañar  
y ella está más bella  
que flor del rosal!  
¡Espejito mago  
ahora bien dirás:  
«Que ya Blanca Nieves  
no tiene rival!»

CARLOS LUIS SÁENZ

Costa Rica.

## Fué en el Perú

«Aquí nació, niño», murmuraba la anciana masticando un cigarro apagado. Ella me hizo jurar discreción eterna; mas, ¿cómo ocultar al mundo la alta y sublime verdad que todos los historiadores falsifican? «Se aconchavaron para que no lo supiera nadie porque es tierra pobre», me explicaba la vieja. Extendió la mano resquebrajada como el nogal para indicarme de qué manera se llevaron al niño lejos y nadie supo si nació en tierra peruana. Pero día ha de venir en que todo se cuente. Su tatarabuela, que Dios haya en su santa gloria, vió y palpó los piescitos helados por el frío de la puna; y fué una llama de lindo porte la primera que se arrodilló, como ellas saben hacerlo, con elegancia lenta, frotando la cabeza inteligente en los pies manchados de la primera sangre. Después vinieron las autoridades.

La explicación comenzaba a ser confusa; pedí nuevos informes y minuciosamente lo supe todo: la huida, la llegada nocturna, el brusco nacimiento, la escandalosa denegación de justicia, en fin, que es el más torpe crimen de la historia. «Le contaré—decía la vieja, chupando el pucho como un biberón—. Perdóneme, niño, pero fué cosa de los blancos.»

No podía sorprenderme esta nueva culpa de mi raza. Los blancos somos en el Perú para la gente de color responsables de tres siglos injustos. Vinimos de

## La Edad de Oro

la tierra española hace mucho tiempo y el indio cayó aterrado bajo el relámpago de nuestras espingardas. Después trajimos en naos de tres puentes, del Senegal o de allende, con cadena en los pies y mordaza en la boca, «las piezas de ébano», como se dijo entonces, que bajo el látigo del mayoral gimieron y murieron por los caminos.

También debía de ser aquella atrocidad cosa de blancos, pues la pobre india doncella, aseguraba la vieja, tuvo que fugar a lomo de mula muy lejos, de lado de Bolivia, con su esposo, que era carpintero. «¡Si supiera, niño, las lindas maderas que trujo de por allí mi compadre Feliciano!»

El relato de la negra Simona comienza a ser tan confuso, que es menester resumirlo con sus propias palabras: «Gobernaba entonces el departamento un canalla judío como los hay tantos hoy día, niño; uno de aquellos que hacen trabajar a los hijos del país pagando coca y aguardiente no más. Si se niegan se les recluta para el ejército. Es la leva, que llaman. Fué así como obtuvieron aquellos indios que le horadaron el pecho al Santo Cristo; pero esto fué más tarde y todavía no había nacido aquí. Agarró y mandó el prefecto que los indios no salieran de cada departamento, mientras en la tierra vecina otro que tal, hereje y perdido como él, no quería que tuvieran hijos porque se estaba acabando el maíz en la comarca. Entonces se huyeron, a lomo de mula, la Virgen, que era indiecita, y San José, que era mulato. Fué en este tambo, mi amito, en que

pasaron la divina noche. Las gentes que no saben no tienen más que ver cómo está vestida la Virgen con el mismito manto de las serranas clavado en el pecho; con el *topo* de oro y las sandalias, *qjotas* que llaman, en los pies polvorientos, sangrados en las piedras de los Andes. San José vino hasta el *tambo* al pie de la mula y en quechua pidió al tambero que les permitiera dormir en el pesebre. Todita la noche las quenás de los ángeles estuvieron tocando para calmar los dolores de Nuestra Señora, que no quería llamar a náidenes. Cuando salió el sol sobre la puna, ya estaba llorando de gozo porque en la paja sonreía su preciosura, su corazoncito, su palomita. Era una guagua linda, caray, que la Virgen como todas las indias quería colgar ya del poncho en la espalda. Entonces lo que pasó nadie podría creerlo, niñito. Lo juro por estas santas cruces que las llamas del camino se pusieron de rodillas y bajó la nieve de las cimas como si se hubieran derretido con el calor los hielos del mundo. Hasta el prefeto comprendió lo que pasaba y vino volando. Cuando quién te dice que a la hora del hora se viene derecho seguido por un indio cacique y el rey de los mandingas, que era esclavo del mismo amo que mi tatarabuela. Esos son los reyes magos que llaman. El blanco, el indio y el negro venían por el camino, entre las llamas arrodilladas, que bajaban de las minas con su barrote de oro en el lomo. Hasta los cóndores de las altas peñas no atacaban ya a los corderos. Entonces como iba diciendo, llegaron los

tres hombres al *tambo* y nunca más se ha visto que un prefeto blanco se ponga de rodillas junto a la cuna de un hijo del país. Nunca en jamás los indios han vuelto a estar tan alegres como lo estuvieron en la puerta del *tambo*, bailando el *cacharpari* y mascando jora para la chicha que había de beber el santo niño. Ya los mozos de los alrededores llegaban trayendo los pañales de lana roja y los ponchitos de colores y esos cascabeles con que adornan a las llamas en las ferias. Y cuando llegó el prefeto con el cacique y el rey de los mandingas, todos callaron, temerosos. Y cuando el blanco dejó en brazos del niño santo la barra de oro puro, nuestro amigo sonrió con desprecio. Y cuando los otros avanzaron gimoteando que no tenían para su amito y señor sino collares de guayruros y esos mates de colores en que sirven la chicha de jora y las mazorcas de maíz más doradas que el oro. Su Majestad, como le estaba diciendo, abrió los bracitos y jabló... La mala gente dirán que no podía jablar entuavía; pero el niño Dios lo puede todo y el rey de los mandingas le oyó clarito estas razones: «El color no te ofende, hermano». Entonces un grito de contento resonó hasta los Andes y todos comprendieron que ya no habría amos ni esclavos, ni tuyo ni mío, sino que todos iban a ser hijos parejos del amo divino como habían prometido los curas en los sermones. La vara de San José estaba abierta lo mismo que los floripondios, y los arrieros que llegaban dijeron que los blancos gritaban en la casa del cura, con el

látigo en la mano. Sin que nadie supiera cómo ni qué manera, en menos tiempo que dura una salve, se llevaron al niño en unos serones, poniendo al otro lado chirimoyas para que hicieran contrapeso. La Virgen y su santo Esposo iban detrás cojeando con el cepo en los pies.

»Y desde aquel tiempo, niñito, nadie puede hablar del estropicio en la provincia sin que lo manden mudar a chirona. Pero todos sabemos que Su Majestad murió y resucitó después y se vendrá un día por acá para que la mala gente vean que es de color capulí como los hijos del país. Y entonces mandará afusilar a los blancos y los negros serán los amos, y no habrá tuyo ni mío, ni levas, ni prefetos, ni tendrá que trabajar el pobre para que engordé el rico...»

La negra Simona tiró el pucho, se limpió una lágrima con el dorso de la mano, cruzó los dedos índice y pulgar para decirme:

«Un padrenuestro por las almas del purgatorio y júreme, niño, por estas cruces, que no le dirá a náidenes cómo nació en este tambo el divino hijo de Su Majestad que está en el cielo, amén».

VENTURA GARCÍA CALDERÓN

*(La Venganza del Cóndor).*

## Un apólogo de Esopo

Hay un pajarillo, que se llama alondra. Habita y hace su nido en los trigos con bastante anticipación, para que a la llegada de la siega sus polluelos estén ya cubiertos de pluma. Una alondra había hecho el nido en un trigo que maduraba antes de la estación; las espigas estaban ya amarillas y los polluelos no tenían pluma. Un día, la madre, antes de partir en busca de alimento para su nidada, les advirtió que observasen bien lo que ocurriese en su ausencia y que le refirieran exactamente a su regreso lo que viesan u oyesen. Marcha, y poco después llega el dueño del trigo, llama a su hijo, y le dice:—Ya ves que esos trigos están maduros y solamente esperan la hoz: mañana, pues, en cuanto amanezca vé a buscar a nuestros amigos y ruégales que vengan a ayudarnos a segar nuestro campo.—Habiendo hablado así, se alejó. Llegó la alondra; los polluelos acuden apresuradamente y piando en derredor suyo, le piden que les lleve, que busque cuanto antes otro asilo.—El dueño del campo, dicen, ha enviado rogar a sus amigos que vengan al amanecer para hacer la siega.—La madre les aquietó.—Estad tranquilos, les dice; si el amo cuenta con sus amigos para segar el trigo, no se realizará mañana la siega.—A la mañana siguiente salió la alondra en busca de la comida de sus hijos. El amo espera a los amigos que había

hecho llamar; el sol se hace cada vez más ardiente, pasa el tiempo y no llega nadie. Impaciente entonces:—A fe, hijo mío, que los amigos son gentes perezosas. ¿Por qué no acudimos a nuestros deudos, parientes y vecinos rogándoles que vengan mañana para ayudarnos? Nuevo terror para los polluelos de la alondra, que refieren a su madre lo que han oído, Esta les contesta de nuevo que estén tranquilos; que los parientes y vecinos no sedan prisa, ni hacen un favor inmediatamente.—Sin embargo, añade, continuad prestando atención a todo lo que digan.—A la mañana siguiente marcha en busca de comida. Los parientes invitados a venir a trabajar no parecen. Al fin dice el amo a su hijo: —¡Loco es el que cuenta con amigos y parientes! Trae aquí mañana al amanecer dos hoces, una para mí y otra para ti, y haremos la siega con nuestras propias manos. En cuanto lo supo la alondra:—Ahora, hijos míos, dijo, ha llegado el momento de marcharnos. Podemos estar seguros de que harán lo que han dicho, porque ahora el negocio está en manos del interesado y no depende del auxilio de otro. E inmediatamente la alondra se llevó la nidada, y el amo segó su campo.

Tal es la fábula imaginada por Esopo para demostrar cuán poco debe contarse ordinariamente con el auxilio de los parientes y amigos. Pero, ¿acaso es otra cosa esta lección que el gran precepto que da a los hombres la filosofía, para que busquemos en nosotros mismos todos nuestros recursos y no considerar como

perteneciéndonos, como siéndonos propio, lo que está fuera de nosotros y es independiente de nuestra voluntad?

«Tened siempre presente esta verdad: no esperéis nada de vuestros amigos en vuestros asuntos cuando podáis realizarlos por vosotros mismos.»

Contado por

AULO GELIO

(Noches Aticas)

## Arbol dorado

En mi tierra hay un árbol de oro y espinas,  
—oro y espinas, todo un símbolo de América;—  
oro de buen olor,  
yo me enriquezco de él  
como un moderno conquistador.

Dando mezquina sombra vive años y años,  
sin leyendas que lo hagan ni mejor ni peor;  
el invierno lo deja desnudo  
y el buen tiempo lo viste con borlitas de sol.

Bien florecido alumbra; yo me encandilo en él;  
parece un candelabro de mil luces doradas  
que se ilumina solo, como de adentro a afuera,  
para la velada de la primavera.

Es tan maravilloso que al verlo amanecer así encendido, pienso que la noche anterior los bichitos de luz han estado de fiesta durmiéndose olvidados de apagar su farol.

Raro destino el suyo, ser bello y luego útil; muerto para el paisaje nacer para el fogón, y arder en brasas toda una faz de la luna... ¡envidiable destino, ser cada vez mejor!

FERNÁN SILVA VALDÉS

Uruguay.

## La pampa argentina

¡Esta es, por fin, la Argentina! Después del valle de Uspallata, solemne y fantástico, de montañas aleonadas que me prolongan durante mucho tiempo la visión de Chile, viene la pampa.

Para un ser criado entre montañas, con la voz enredada entre montañas, con el ojo acostumbrado a saltar de montaña a montaña, la pampa no puede ser hermosa. El ojo pampero, por su parte, debe sentir la misma desorientación cuando pasa al otro lado de los Andes. Por bravos que nuestros cerros sean, dan no sé qué amparo, no sé qué gran presencia que rige y acompaña. El peón que riega nuestro maizal y el ingeniero que traza un camino por el llano central y los niños que juegan debajo del sauce, abuelo del paisaje, están igualmente regidos por la montaña. El

ojo en la pampa no tiene dónde fijarse y la mirada se distrae y se hace vagabunda y laxa. Después de unos momentos, ya no miramos la pampa verdadera, sino la otra que se nos ha hecho en el espíritu. No se diga que el espectáculo se parece al marino. El mar, que es el *gran vivo*, no deja que se le mire laxamente; alguno lo llamó el *pavo real*; y tiene, en verdad, lo insistente de la vanidad...

Pero esta pampa, cuya belleza es de menos quilates que la de la montaña y el mar, fué hecha para sustentar pueblos. Por algún tiempo la desdeñaron, y me cuenta un argentino que Sarmiento hablaba con pena de las horribles distancias que creaba esa *cosa inútil*. Hoy no la cambiarían los argentinos por las minas de diamantes de Sud Africa, ni por uno de esos campos de petróleo, de chorros tornadizos. Acaso forma la pampa argentina la porción en que la Tierra aparece más hecha conforme la necesidad humana. Parece que la voluntad del hombre y no el ímpetu insensato de la Naturaleza hubiese labrado esta extensión que fatiga caballo, guanaco o gamo. Hay regiones tan grandes como ella—y hasta más ricas, la llanura del Amazonas—pero no tienen el ofrecimiento fácil de ésta, su entrega sencilla. Por suave y por vasta, llamémosla, mejor que mar, una atmósfera verde. El niño que hubiera nacido en ella y no la hubiese abandonado, pensaría fácilmente que la pampa rodea el planeta como una atmósfera y que fuera de ella no hay nada.